

1

Me siento sola y mi vida carece de sentido desde que me falta Joseph, me aburro y el día se me hace largo, constantemente recorro a mis recuerdos y cuando afloran en mi mente las vivencias de aquellos ya lejanos tiempos, no permanecen todo el tiempo que desearía. ¡Qué ironía! ¡Qué paradoja! La jornada se me hace larga y la vida se me hace tan corta... Mi hijo Paul, preocupado por mi pasividad ante cualquier acontecimiento y con el fin de que llene mis abúlicas horas, ha contratado a una joven muchacha exclusivamente para que me haga compañía. Es atractiva, muy agradable, atenta, y escucha con ilusión cuanto le cuento. En un principio lo hacía por educación y obligación, pero ahora veo que no; analiza conmigo las etapas de mi vida y entre las dos sacamos nuestras propias conclusiones. Observo que con mis relatos a veces se sofoca, noto cuando no le gusta lo que está oyendo, pero creo sinceramente que, en conjunto, mi vida le está resultando apasionante. Su nombre es Marie y tiene 18 años. Paul ha habilitado mi estancia de modo que podamos dormir las dos holgadamente. Ella aún no comprende lo que es estar sola y jamás escuchó en ninguna parte las soeces palabras que me proferían durante aquel largo camino desde Toledo hasta... Tolosa. Es joven aún para saber muchas cosas; no sabe lo que es sentir frío, no se ha enfrentado al viento ni a la lluvia... En su compañía encuentro la seguridad perdida con los años, cosa que me reconforta. Cuando observa que estoy nostálgica no duda en pedirme:

—Señora, me gustaría escuchar una vez más lo que sintió cuando abandonó Toledo. El momento en que pasaban por la sinagoga de La Blanca y los rabinos estaban cantando, naturalmente a Dios, pero vuestra merced creía y aún lo sigue pensando, que era a vos a quien le daban su adiós.

—Siéntate a mi lado, querida Marie, juntas llamaremos a la puerta de mi corazón y veremos qué nos quiere contar. Si te cansas del relato dímelo. Las que ya hemos visto caer muchas veces las hojas de los árboles en otoño no conocemos la prisa, y eso es peligroso. Verás:

Yo era la segunda de las cuatro hijas de mis padres, nuestra posición en cierta manera era cómoda, sin grandes tierras ni suntuosos palacios, pero lo que había era nuestro. Era la favorita de mi padre, motivo por el que era mal vista por mis hermanas. Nos pasábamos la vida riñendo por cualquier tontería, causa por la que mi hermana pequeña —Sara— se incomodaba, e iba corriendo a contárselo a mis padres, pero todo quedaba ahí. Cuando llegaba el viernes, nuestro día de fiesta, nos acicalábamos y celebrábamos con ágapes especiales el día de Allah, tal y como al Profeta le había sido revelado en el monte Hira de La Meca, por el Arcángel Gabriel. Deseábamos durante toda la semana que llegase este día, porque además siempre se escapaba alguna musiquilla que nos hacía bailar. Mi hermana Irene era la más bella, yo sentía envidia por eso y por varias cosas más. Los mozos acudían a ella igual que las abejas a las flores. Su corazón estaba lleno de fantasías inalcanzables, nuestra religión no nos permitía ser cortejadas por cristianos ni judíos. En cierto modo se podía decir que éramos presas de unas creencias que nos fueron impuestas. Recuerdo como si fuera ayer el día en que mi hermana Irene dejó nuestro hogar para ir a casa de mi tío Ibrahim en Toledo. Yo me sentí más presa que nunca y me enfadé conmigo misma, rebelándome contra los preceptos de mi religión. Decidí que en el futuro yo también iría a Toledo, pero el tiempo transcurrió y nada cambiaba, todo seguía igual.

Una mañana espléndida, después de realizar los trabajos habituales, salí a la huerta. Era tal el calor que hacía que hube de cobijarme

a la sombra de un naranjo. Mis ilusiones me harían compañía hasta la hora de la comida. El tiempo pasó y me llamó la atención que mi madre no me llamase para comer. Me apuré, pensando que podría haber pasado algo. Me levanté y corrí hasta la casa. Entré en la cocina y vi a mi madre muy seria, mi padre estaba sentado en un extremo de la pieza, airado y meditabundo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Nadie contestó. Mi hermana Sara entró desde el corral, me miró y cogiendo un banquito se sentó al lado de mi madre, pero tampoco musitó palabra alguna. Entonces, airada y con voz enérgica volví a preguntar:

—Decidme de una vez: ¿qué es lo que sucede? ¿Es tan grave el asunto que os impide contármelo?

Entonces Sara, mirándome demudada, con voz temblorosa dijo:

—¡Irene se ha convertido al cristianismo!

—¿Qué?

Mi madre, que hasta ese momento había estado callada, dijo:

—Que Allah me perdone por no haber infundido en el corazón de Irene la fuerza de sus enseñanzas. Isa (Jesús) ha ganado la batalla en esta casa.

—Beatriz, te prohíbo que menciones en esta casa a Isa, a Irene y a... —dijo mi padre.

—¿Y a quién? —preguntó mi madre.

Sentí entonces lo que momentos antes habían sentido ellos, pero mi juventud me hacía ver las cosas de distinta manera. Rápidamente acudió a mi mente la obsesión de Irene por los chicos cristianos y comprendí que lo que antaño eran fantasías, ahora eran realidades.

La luz se filtraba entre los cortinajes de la cocina, vivificando sus colores. Sin duda la paz y el sosiego volverían. Faltaba aún por ver la reacción de mi hermana Fátima, que se encontraba en la capital.

Al llegar la noche me senté en la azotea. Un manto estrellado me protegía y mi mente estaba ocupada con un nombre: Irene. Deseaba volar más allá de la colina y reencontrarme con ella para que me contase al detalle el porqué de su decisión. Yo no sabía ni me imaginaba

que mi destino iba a ser mucho más complejo. Mi corazón estaba impaciente. Se había percatado de que mi destino había comenzado a fraguarse aquel aciago día. Pensando y meditando me deleitaba, estaba a gusto a solas, no me hacía falta nadie a mi lado. Siempre aborrecí a las personas que no saben estar solas. Sé bien que soy una persona con sentimientos especiales. Sentía alegría y nostalgia por un mundo que no conocía, pero esa forma de ser no alteraba mi espíritu. Miraba al cielo y parecía como si el guiño de las estrellas me estuviese indicando una futura gloria que estaba por llegar. Sentía que la vida me deparaba algo que debía ir a buscar. El ruido de unas pisadas me interrumpió. Era mi madre, que venía a sentarse a mi lado para descansar de un extraño día. Su disgusto no le permitía ver la belleza de las estrellas. Su corazón no estaba sosegado aún.

—Bueno —dijo—, sin duda están ocurriendo cosas extrañas en la familia, hechos que sólo parecen que le ocurran a los demás. Lo peor es que presiento que sólo es el comienzo. Creéis tan deprisa que este hermoso valle se os queda pequeño. Créeme, Mencía, en cierto modo lo entiendo. Irene ha hecho algo que hoy en día muchos jóvenes hacen, y más como están las cosas. Hay quien dice que el rey nos impondrá una conversión forzosa, o de lo contrario nos deportarán Dios sabe dónde. ¿Ves, Mencía? Irene ya no tendrá ese problema, cambiará su estatus, conocerá a un buen muchacho y... se casará. Nunca más podré abrazarla, mi fe me lo prohíbe y tu padre también. Comprende que somos mayores y lo que creemos está muy arraigado en nuestro corazón.

—Madre —dije—, a Dios se le puede amar de muchas formas, la nuestra no tiene que ser exclusiva y reflejar la única verdad, ¿o es que los infieles judíos y cristianos no tienen su libro revelado? Piensa un poco. Si Allah envió su revelación a Moisés y luego a Isa (Jesús), ¿por qué ahora les abandona? Si lo piensas un poco comprenderás que eso no puede ser así.

—Mencía, no hables así, me das miedo. Noto en tus palabras la semilla de la inquietud y la alimentas con filosofías baratas. Me asusta el pensar que puedas tomar el camino que tomó tu hermana.

—Madre, sabes bien que es verdad lo que te estoy diciendo. Mi filosofía no es barata, es la vida, y yo me enfrento a ella, busco la verdad y la encontraré. Si es preciso iré a La Meca de rodillas, o quién sabe, quizá a Santiago de Compostela, pero me aliaré con la verdad, madre, tenlo por seguro.

—Hija mía, tú siempre has sido más rebelde que Irene. Si ella ha hecho lo que ha hecho, ¿tú qué no harás? Me inquietan tus palabras y la forma de pronunciarlas. Allah te proteja y te guíe, dame un beso, me voy a la cama.

Acarició mi barbilla, me besó levantando con suavidad mi cabeza e hizo coincidir su mirada con la mía, al tiempo que me decía:

—Mencía, antes de irme a la cama prométeme que no harás lo que ha hecho tu hermana.

—Madre, nada puedo prometer sin saber cómo son las cosas de este mundo. Mi vida comienza ahora y pido a Allah que me otorgue un marido e hijos. A ti madre, siempre te he oído decir que el Todopoderoso, el Omnipotente, desde que nacemos tiene preparada la vida que vamos a llevar y no se tuerce ni una vara de lo dispuesto. Entonces, madre, ¿cómo voy a cambiar lo que tiene determinado para mí?

Mi madre tenía las dos manos sobre mis hombros y me miraba con una leve sonrisa, pero a medida que le daba mi respuesta su rostro se entristeció y adquirió un semblante de resignación, a la vez que decía:

—Tienes razón, Mencía, todos estamos en manos del Sublime, que Él te proteja. Me retiro a descansar.

—Buenas noches madre, que descanses.

Me quedé allí un buen rato aún. Ya no miraba a las estrellas ni contemplaba el firmamento, en cambio ellas sí lo hacían, me seguían acompañando. Era una noche especial, sentía algo extraño, como si me estuviera liberando de algo, pero no podía comprender de qué se trataba. Años más tarde esta noche la idealizaría, añadiendo más estrellas y una ráfaga de suave viento que mecía los naranjos, produciendo un dulce sonido.